

trico de Hombres de la Ciudad de Buenos Aires, se hizo necesario formar con un grupo de pacientes un equipo de enfermeros para el Servicio.

Las técnicas operativas se utilizan en la actualidad no sólo en la formación de psicólogos, sino también en la creación publicitaria, el trabajo institucional, la formación de líderes, el estudio de la dirección e interpretación teatral. En síntesis, en todas las situaciones en que el grupo cara a cara pueda convertirse en una unidad operativa de tarea.

DISCÉPOLO: UN CRONISTA DE SU TIEMPO *

"El 'mal del siglo'. ¿Pero lo hay? ¿Dónde se autoriza tal opinión? ¿En qué tango se dice eso? Mientras no lo diga un tango, única fidedignidad nuestra, lo único seguro por ser la sola cosa que no consultamos a Europa..."

Macedonio Fernández

De la historia primitiva o prehistoria de la familia Discépolo nos enteramos a través de los escritos de Armando. El estudio paralelo de la obra de ambos hermanos resulta de gran interés: Armando es el cronista del grupo primario a través de su hacer teatral y su trascendencia social es menor. Enrique Santos, en tanto, se convierte en el cronista de las vicisitudes e ideologías del grupo comunitario al que se ha incorporado; y es por su inmersión total en esta comunidad que puede captar lo que sucede en el presente y elaborar fantasías sobre el futuro, es decir, hacer predicciones acerca del destino del país. Mientras Armando asume el rol de *portavoz* del grupo familiar, Enrique Santos se convierte en el *portavoz* de la comunidad, a la cual se ha asimilado considerándose como un auténtico representante del país por su intensa identificación con las características del argentino. Por esta vía, su obra se hará trascendente y lo convertirá en el cronista de su época. Discépolo elabora un sistema de codificación de carácter nacional: el tango, y llega por éste a una identificación con el líder mesiánico (Perón). Armando, en tanto, se identifica con el padre real, lo que lo capacitará para narrar las vicisitudes de quienes, por la articulación de una motivación interna de ascenso social con la fantasía de "hacer la América" (fantasía estimulada por la propaganda proveniente de países como el nuestro, interesados en el ingreso de mano de obra calificada), se decidieron por la emigración. Ésta era

* 1965. Algunos fragmentos de este trabajo fueron publicados por la revista *Extra*, en el año 1965.

vivida como el abandono del ambiente originario, con sus condiciones de pobreza, dificultad y frustración.

No podemos determinar hasta qué punto la figura de Don Santos Discépolo, el padre de "los Discépolo", músico que alcanzó cierto renombre y que incluso llegó a componer algunos tangos, se confunde en la imaginación de Armando con Stéfano, el personaje artista del sainete, que emigra con la ilusión de crear *l'opera fenomenale* imponiendo a toda su familia el peso de su ambición y de su fracaso.

Sólo podemos afirmar que Armando, por esa identificación con la figura paterna, se convierte, como ya dijimos, en el portavoz del grupo familiar y de la experiencia de la inmigración en su contexto general, de la que Stéfano es un arquetipo con su carga de desarraigo, nostalgia e inseguridad, en una situación económica progresivamente precaria.

Dentro de la dinámica familiar, cada uno de los hijos, Armando y Enrique Santos, asumen y realizan dos aspectos del padre. Esta situación real de escisión, que protagonizara la familia Discépolo, muestra los rasgos de un modelo cultural que tan frecuentemente aparece en el teatro pirandelliano: la escisión y la delegación. La fantasía de "hacer la América", es decir, el logro casi mágico de fortuna y prestigio, activó la corriente inmigratoria que se volcó sobre nuestro país, influyendo quizá más intensamente en aquellos que provenían de Italia, para quienes América era realmente el "nuevo mundo" frente a una Europa empobrecida, que tenía ya muy poco que ofrecer. De las características de esta fantasía y de la manera de instrumentarla dependerá el destino de cada individuo o grupo familiar inmigrante, cuyo símbolo puede estar representado por la *escalera*, significando ésta la ambición, escalamiento, cambio de status o de rol social. Si la instrumentación adquirida es coherente con la tarea a realizar y con las necesidades del medio, y si las circunstancias o contexto en el cual va a ser empleada favorece el desarrollo de dicha instrumentación, el éxito está asegurado. Es interesante estudiar el itinerario de varias familias, como lo hemos hecho, emigradas en la misma época, con la misma fantasía y perteneciendo a estratos sociales semejantes, que siguen caminos diferentes, yendo desde el fracaso al éxito rotundo. Esta situación de inclusión en una sociedad que se hace progresivamente competitiva, divide a las comunidades inmigratorias en pobres y ri-

cos, y los vínculos entre ellos están seriamente perturbados, habiendo perdido las características que tuvieron en su lugar de origen. Aquellos que han triunfado, los más *trepadores*, son quienes, seguramente, han podido desprenderse mejor de su origen, no padecen de una nostalgia paralizante, adaptan la instrumentación de su yo a las circunstancias, logran una comunicación con los grupos nativos, aunque en última instancia se pueden considerar como un núcleo de resistencia al cambio las dificultades y las formas de lenguaje que emplean. Es decir, la tipificación del *cocoliche*, personaje típico de nuestro sainete, cuyos creadores son en su mayoría hijos de inmigrantes italianos. El *sainete*, en el curso de su historia, sufre algunas modificaciones. Considerado como una especie menor del teatro, llamado también "paso" o "entremés", carece de belleza formal y su lenguaje es el de las clases populares. En forma muy curiosa, como en el caso del lunfardo, este lenguaje penetra en las clases altas, es una forma de comunicación a través de un lenguaje que no muere ni se olvida. En el caso de Discépolo, de "los Discépolo", esta necesidad de elaboración de los problemas del grupo familiar toma en Armando, en sus comienzos, las formas del sainete para evolucionar hacia una técnica o pasaje del teatro "chico" al gran teatro, es decir, a su técnica actual. Por otro lado, en Enrique Santos las mismas situaciones o los mismos temas van a ser cantados y la música servirá de trampa para hacer penetrar en todos los niveles sociales mensajes acerca de las formas de vida de la clase popular, de su vivienda característica: el conventillo, el patio, verdadero escenario de esa pequeña comunidad que vive en forma colectiva. Como dice Angela Blanco Amor de Pagella: "El sainete, nacido en el pueblo y para el pueblo, condensa en sí tipos, costumbres y lenguaje" (personajes en *situación* a través de la convivencia colectiva) con informaciones del barrio y lugares incluidos en él. Otros personajes que aparecen con gran frecuencia son: la *escalera* como símbolo de arribismo, es decir, de escalar otro status social y el *boliche* del barrio como el club, pero finalmente todo es llevado al patio donde la envidia, los celos, la venganza, el odio, el amor, la soledad, la nostalgia y hasta la muerte están siempre presentes. La técnica empleada por la autora señala el uso de la ironía, la burla, el humor, el sarcasmo y lo grotesco. En un comienzo tanto autores como actores eran españoles; luego, ambos roles serán asumidos

por los argentinos, siendo Alberto Vacarezza el representante más típico del año 1930.

Poco a poco el contenido social va emergiendo en la temática (Florencio Sánchez). El carácter decididamente trágico del sainete se dio en la obra de Carlos Mauricio Pacheco, pese a que este autor no quiere ser ubicado entre los saineteros, pues su inclinación por los temas sociales lo hacía pensar en un género diferente: mostró una gran habilidad para mezclar lo festivo con lo dramático. Lo dramático, repetimos, se introduce junto con lo social y lo cómico. De allí van a surgir diferentes líneas de elaboración de esta técnica que comenzó siendo una crónica reidera, una forma de negar la realidad, para transformarse, a veces, en un mensaje político directo. La ideología que está incluida dentro de la obra deja de ser popular y revolucionaria para volverse preferentemente pequeño-burguesa, anárquica.

Los temas incluidos en los tangos de Discépolo denuncian su ideología: un romanticismo social individualista, pluralista, con una intensa ansiedad ante el cambio, anarquista, sin proyecto de reconstrucción del mundo, que abarca también la temática familiar, el complejo de Edipo (*la mamma*). Los celos, la homosexualidad y la muerte, son personajes frecuentes tanto en Armando como en Enrique Santos. El arribismo, *la escalera*, representa el anhelado cambio fantaseado en la inmigración, y la unidad familiar, es decir, el sentimiento de pertenencia a un grupo, ya sea familia, club, boliche, etc., representa en el plano de la conducta, la soledad. Si seguimos cronológicamente la obra de Enrique Santos Discépolo, nos sorprende descubrir que se trata de un poeta de raíz popular, de mentalidad pequeño-burguesa, en quien priva el sentimiento de que las cosas son inmodificables o lentas, lo que se expresa en el ritmo o en el baile del tango, con características de ceremonial.

En el libro de Sierra y Ferrer *Discepolín* encontramos información suficiente para poder seguir la cámara con la cual Discépolo (igual que Roberto Arlt) tomaba sus instantáneas. En el primer período, su obra es teatral. Se inicia en el año 1918; después es actor, colabora con su hermano Armando en sainetes y grotescos, filma y llega también a actor en cine, es argumentista y director. En 1925 escribe su primer tango; en 1926, por

primera vez, se integra como letrista y compositor y el producto de esta integración es su tango *Que vachaché*, en el que condensa temas que luego desarrollará: el rechazo a la mujer, la infidelidad, la miseria, la traición, la negación de todos los valores, el fetichismo del dinero, el soborno, y resume la impostura diciendo: "*vos resultás haciendo el moralista un disfrazao... sin carnaval*". En realidad la impostura de Discépolo es la *impostura de la impostura*, y en el fondo es un moralista con fuertes sentimientos de culpa. Su conversión al peronismo puede ser comprendida como una identificación con aquellos que han sufrido experiencias semejantes. Se siente fascinado por la justicia social aunque se mantiene en una actitud crítica frente a la instrumentación que Perón hizo de esa política de justicia social. Así lo conocí yo, de una manera casual, en calidad de médico —creo que fue alrededor de 1950— un año antes de su muerte. Estábamos en Punta del Este, balneario que concentraba la clase alta argentina. Discépolo poseía el lugar de diversión de mayor categoría, con una clientela de clase alta. El negocio era manejado prácticamente por Tania y creo que nunca fue visto en el recinto compartido por el público.

Ubicado en su contexto social, con su ideología correspondiente, los últimos años de su vida se caracterizaron por un fuerte conflicto de ambivalencia frente al peronismo, del que sentía su aspecto popular, pero rechazándolo en su acción.

En el primer tango que analizamos, del año 1930 (*Victoria*), expresa claramente su rechazo a la mujer, la vuelta a su madre, vivida como una verdadera fiesta. Describe la estrategia empleada: establece un vínculo con un marinero, crea la situación de tres, facilita la infidelidad de la mujer; luego reseña el proceso de la venta y la burla hacia el comprador expresando nuevamente su gran alegría por la operación realizada. Pero esta actitud frente a la mujer (con aspectos de conducta de rufián) tiene su contraparte en un tango del mismo año, *Confesión*, en el que trata de elaborar la culpa a través de toda una fantasía altruista. Confiesa su fracaso a la par que destaca su generosidad en esta entrega altruista de carácter masoquista. El remordimiento por la entrega se expresa incluso en la frase "*me mordí pa no llamarte...*" La mujer aparece "*hecha una reina...*" con lo cual justifica su desprendimiento, revestido de altruismo, aunque sádico en el fondo, porque la vendió como un rufián.

La vivencia final y su conclusión es "*vivirás mejor lejos de mí...*", el personaje asume así la culpa y también, omnipotentemente, el destino de la mujer. En un plano social, Discépolo hace la crónica del desajuste administrativo y económico del último período de la presidencia de Hipólito Yrigoyen y de la entrega de la patria (madre, mujer) a una conspiración que ya está en marcha y que culmina con el golpe militar del general Uriburu. En él, el poeta reconoce a un sustituto paterno, delegando en la figura de un militar la capacidad de dar una vida mejor al país y reparar sus finanzas. Otra parte suya se identifica con Yrigoyen, y siguiendo siempre la técnica pirandelliana de división del yo y asunción de varios roles, se hace cargo de la nostalgia del objeto, de la rabia por el fracaso y el reconocimiento de que un militar está instrumentado para ese cambio. Aquí aparece como conspirador y como portavoz de la conspiración que los propios allegados a Yrigoyen planearon inconscientemente provocando la caída de un líder (Yrigoyen) con características democráticas, pero aislado, sin comunicaciones con el exterior (de ahí el apodo de *el peludo*). En realidad su rol no es auténticamente democrático, sino *permisivo*, y da lugar a la posibilidad de que se estructure ese grupo de poder en contra del cual apuntó realmente la revolución de Uriburu. Esta permisibilidad señala una de las características que se adjudican al carácter argentino: el *dejar hacer*, el *no te metás*. En síntesis, el no comprometerse ideológicamente. El *radical* aparece entonces como un hombre que conspira contra sí mismo, que es pasivo, que no defiende los valores de su tiempo, que es incapaz de planificar el futuro ya que fracasa en el control y manejo del presente. Yrigoyen va a quedar internalizado en el hombre radical como un líder al cual hay que imitar en los aspectos positivos, es decir, en la incapacidad de logros personales, con un oportunismo que va a caracterizar la conducta de nuestro país en el contexto internacional. La idealización de la figura del militar operativo queda en la mente de Discépolo lista para ser proyectada años después en la figura de Perón, con Evita a su lado, la que aparece como la *reina*, es decir la que satisface las aspiraciones de una clase postergada y políticamente pasiva.

Después de *Confesión*, tan rico en mensaje e información, aparece un tango, *Qué sapa Señor*, en el que Discépolo hace la crónica del caos —aquí más como historiador que como vidente—

y caracteriza la última época del gobierno de Yrigoyen. Sintetiza así lo que se oía en forma de opinión pública: "*hoy todos se queja y es que el hombre anda sin cueva, voltió la casa vieja antes de construir la nueva...*" e inmediatamente, refiriéndose al presente, expresa su resistencia al cambio, es decir, su ideología conservadora y pequeño-burguesa señalando los inconvenientes del mismo.

En 1935 con *Cambalache* retoma el tema de los inconvenientes del cambio entremezclado con la alusión a los conspiradores anteriores al golpe diciendo: "*...siempre ha habido chorros, maquiavelos y estafaos...*". Denuncia así el nivel ético de la política de esa época en la que reina el *double*, es decir, *lo falso*, *la impostura*, la estafa, a los que califica con el común denominador de "*...maldad insolente...*", situación que ya no niega. Es decir, aparece un elemento cínico y maquiavélico que va a culminar con el liderazgo de Perón sobre quien depositará todas sus expectativas. Es el reino de la impostura ("*...si uno vive en la impostura...*"). Aquí aparece la confusión de roles y jerarquía. Califica la época como "*...problemática y febril...*" debido al caos en la escala de valores y la imposibilidad de discriminar. La confusión es completa en el campo de las ideologías, es imposible asumir roles planificadores y la consigna es aprovecharse de la confusión.

Ubica al país en una situación semejante a la que se da en la "*...vidriera irrespetuosa de los cambalaches...*", emerge aquí de nuevo su ideología popular, antimilitarista y religiosa al considerar que el país con sus tradiciones ha sido herido de muerte por un sable. Nueva manifestación del conflicto de roles e ideologías en Discépolo, situación interna que lo acompañará hasta su muerte.

Como dije, un año antes de su muerte lo vi como médico y, después de una larga conversación con él, explicita su conflicto básico de ambivalencia frente al peronismo, ya que por un lado se transforma en crítico (de las otras clases) a través de una transmisión radiofónica, asumiendo otro rol de moralista, y observador. Pero en el fondo de sí mismo denuncia esa tremenda catástrofe que el país ha sufrido en el campo de la escala de los valores morales.

Analicemos el tango *Uno* (1943), que coincide con la primera emergencia de Perón quien, como reorganizador del De-

partamento Nacional de Trabajo, llega a transformar esta secretaría hasta darle la categoría del ministerio, desplegando desde allí todo su maquiavelismo para llegar al poder. El vínculo entre Perón y los obreros queda establecido desde entonces, se convierte en portavoz de las reivindicaciones obreras, de la justicia social, y planifica en gran parte a través de una impostura el bienestar social de cierta clase necesitada. Discépolo vuelve en el tango *Uno* a manifestar su nostalgia del líder anterior, Yrigoyen, "...si yo tuviera el corazón, el corazón que di..." y a continuación se lamenta de no disponer de esta carga ideológica para colocarla sobre el nuevo líder. Aquí Discépolo hace una notable descripción del bloqueo afectivo que sigue a toda frustración, situación que define como "...un frío cruel que es peor que el odio..." lo que es vivido como muerte. En el transcurso de ese proceso confiesa que ha perdido para siempre la posibilidad de ilusión. Es decir que lo invade un pesimismo social al que denuncia muy claramente, sin llegar a elaborar lo que sucede o lo que sucedió con el nuevo líder y sus epígonos ya que al "...frío cruel..." sigue un manejo cínico y maquiavélico de la situación.



IMPLACABLE INTERJUEGO DEL HOMBRE Y EL MUNDO *

La ansiedad aparece cuando emergen los primeros indicios del cambio. El cambio se puede producir en todos los ámbitos, pero tiene su estructura organizada en lo social, que crea las condiciones necesarias para ello. Hay una gran diferencia entre *crisis* y *cambio*. Este último se va planificando poco a poco como una ideología. Cuando abarca toda la estructura social es con el objeto de corregir el daño máximo, y es observable en nuestro campo de trabajo relacionado con todo tipo de trastorno de adaptación. Cuando empiezan a perturbarse los sistemas de comunicación, el sujeto llega a situaciones de aislamiento progresivo y de desintegración, donde es posible observar un fenómeno patológico colectivo descrito por Durkheim, que es la anomia, y que tiene las características, tanto en el plano individual como en el social, de una desintegración, fragmentación y división. Enfrentamos así una sociedad escindida constituida por individuos escindidos.

Los movimientos revolucionarios pueden representar expresiones de cambio, y si asumen auténticamente este rol, de inmediato emergen de distintos campos de la ciencia y de la política sujetos que a su vez asumen el rol contrario, que representan la resistencia al cambio a fin de mantener la estructura existente e impedir la modificación. Los agentes de cambio o líderes del cambio toman por tarea la planificación del cambio, la cual es permanentemente obstaculizada por estructuras, institucionalizadas o no, como son ciertos grupos de presión que se adjudican

* Testigo, nº 1, 1965.

la misión de mantener el *statu quo*; en ellos se personaliza la resistencia. Estos grupos representan formas explícitas de la reacción que obedecen a su vez a grupos muchos más grandes y numerosos con ramificaciones internacionales, cuyo objeto es impedir la modificación y mantener la situación dada como un estereotipo.

La situación de crisis se da cuando la desintegración abarca preponderantemente la clase dominante, cuando entran en contradicción grupos mayoritarios —financieros o imperialistas— que tienen por tarea o por finalidad el control de la Economía. La escisión dentro de estos grupos dominantes, que entran en lucha entre sí utilizando todo su arsenal de información, crea la situación de crisis.

La resistencia al cambio, tanto como el cambio, se planifica, y la historia puede verse, desde este punto de vista, como un continuo conflicto entre ambas actitudes: tanto la historia social como la individual.

Dentro del plano individual las situaciones de crisis son más frecuentes que las situaciones de cambio: las pueden preceder y preparar. Las crisis desencadenan en el individuo estados de ansiedad, constituyen los zigzags del desarrollo personal frente a cada logro, que operan como avanzadas de cambio hasta la situación definitiva: ser un hombre situado, comprometido y adaptado activamente. El sujeto establece una relación dialéctica con el mundo y transforma las cosas, de cosas *en sí*, en cosas *para sí*. A través de una praxis permanente, en la medida en que él se modifica modifica el mundo, en un movimiento de permanente espiral.

John Donne, poeta inglés nacido en 1572, expresaba esta indisoluble interrelación, este implacable interjuego del hombre y el mundo:

“Nadie es una isla completa en sí misma; todo hombre es un trozo del continente, una parte del todo; si el mar arrebatara un peñón, es España la que sufre la pérdida. Lo mismo que si se trata de un promontorio, de una hacienda de tus amigos o de la tuya propia, la muerte de un hombre me disminuye porque estoy inserto en la humanidad, y por eso no preguntes nunca por quién doblan las campanas: doblan por ti.”

Las actitudes de resistencia a los cambios tienen por finalidad destruir las fuentes de la ansiedad que todo cambio acarrea. Tanto el individuo como la comunidad deben enfrentar dos miedos primarios que originan una perturbación existencial básica: miedo a la pérdida de estructuras ya establecidas —internas en el hombre— y miedo a la pérdida de acomodación a pautas prescritas en el ámbito social. El cambio implica pérdida, genera —hasta que se institucionaliza— graves sentimientos de inseguridad, que provocan o aumentan el aislamiento y la soledad, fundamentalmente por la pérdida del sentimiento de pertenencia a un grupo social estabilizado. El otro miedo que coexiste es el miedo al ataque, que aparece por el hecho de que el individuo ha salido de su estereotipo anterior y no se ha instrumentado lo suficientemente como para defenderse de los peligros que cree incluidos en el nuevo campo. Este conflicto tan grave en nuestra cultura nos lleva a la inmovilidad y a la marginalidad. Progresivamente, la labor humana y social se ha transformado en una creación, donde un equipo de personas reunidas en un gran operativo por adición de informaciones y de estímulos, logra un nivel de productividad que va mucho más allá de la tarea parcial de cada uno de sus miembros.

Un ejemplo típico de cambio revolucionario es Sigmund Freud, depositario operativo de la tradición literaria romántica, quien como escritor recibe el premio Goethe, y como agente de cambio de la psicología revoluciona la moral de su época, conmueve los cimientos de la ética victoriana y promueve una nueva actitud de comprensión del hombre, al cual abarca en toda su profundidad y su historicidad. La influencia de Freud puede ser detectada en todos los campos del conocimiento y del arte, pues paralelamente, e influenciadas por él, se desarrollan corrientes literarias que cambian totalmente el diálogo con el objeto estético. Así, en Zurich emerge el *dadaísmo* por una mayéutica psicoanalítica. Como una criatura que comienza diciendo Da-Da y que va creciendo paulatinamente con algunos cambios de nombre, hasta la culminación en el *surrealismo*, como una corriente ideológica —si así puede denominarse—, que terminará por sellar definitivamente la influencia del psicoanálisis sobre el campo del conocimiento artístico, dando al mundo actual una fisonomía nueva, integrándose dentro de una actitud que podría denominarse actitud moderna.

Freud provoca un cambio total de la imagen del hombre, desocultando los elementos ocultos y preexistentes, condicionantes de conductas que así se hacen comprensibles, develando los aspectos subterráneos y laberínticos de la naturaleza humana. Lo mismo que la gran creación freudiana, la surrealista queda dominada por los elementos oníricos. Tanto en una como en otra son símbolos expresivos de la fantasía del hombre y de la creación poética.

La obra de todo genio creador, agente del cambio, es resistida y vivida como revolucionaria. Por eso la obra de arte no suele ser de inmediato comprendida y aceptada, porque va a mostrar la verdadera imagen del hombre y a destruir aquella otra, distorsionada y acomodada a normas formales, que éste tenía de sí mismo y de su mundo.

UNA TEORIA DE LA ENFERMEDAD *

La observación e indagación de los aspectos fenoménicos de la enfermedad mental o conducta desviada, inherentes a la tarea psiquiátrica, permiten a partir del descubrimiento de elementos genéticos, evolutivos y estructurales alcanzar una comprensión de la conducta humana como una totalidad en evolución dialéctica. Es decir, que tras los signos de una conducta "anormal", "desviada", "enferma", subyace una situación de conflicto de la que la enfermedad emerge como intento fallido de resolución.

Desde un enfoque totalizador definimos la conducta como estructura, como sistema dialéctico y significativo en permanente interacción, intentando resolver desde esa perspectiva las antinomias mente-cuerpo, individuo-sociedad, organismo-medio (Lagache). La inclusión de la dialéctica nos conduce a ampliar la definición de conducta, entendiéndola no sólo como estructura, sino como estructurante, como unidad múltiple o sistema de interacción, introduciéndose como concepto de interacción dialéctica la noción de modificación mutua, de interrelación intrasistémica (el mundo interno del sujeto) e intersistémica (relación del mundo interno del sujeto con el mundo externo). Entendemos por relación intrasistémica aquella que se da en el ámbito del yo del sujeto, en el que los objetos y los vínculos internalizados configuran un mundo interno, una dimensión intrasubjetiva en la cual interactúan configurando un mundo interno. Este sistema no es cerrado, sino que por mecanismos de pro-

* Clase nº 25, 1er. año, Primera Escuela Privada de Psicología Social, 1970.

yección e introyección se relaciona con el mundo exterior. A esta forma de relación la denominamos intersistémica. En este sentido hablamos de la resolución de antinomias que han obstaculizado, como situaciones dilemáticas, el desarrollo de la reflexión psicológica en el contexto de las ciencias del hombre.

Desde la vertiente de la psiquiatría hablamos de conducta normal y patológica, incluyendo así otro par conceptual: salud y enfermedad, al que definimos como adaptación activa o pasiva a la realidad. Con el término adaptación nos referimos a la adecuación o inadecuación, coherencia o incoherencia, de la respuesta a las exigencias del medio, a la conexión operativa e inoperante del sujeto con la realidad. Es decir, que los criterios de salud y enfermedad, de normalidad y anormalidad, no son absolutos sino situacionales y relativos. Definida la conducta, a partir del estructuralismo genético,¹ como un "intento de respuesta coherente y significativa", podemos enunciar el postulado básico de nuestra teoría de la enfermedad mental: toda respuesta "inadecuada", toda conducta "desviada" es la resultante de una lectura distorsionada o empobrecida de la realidad. Es decir, la enfermedad implica una perturbación del proceso de aprendizaje de la realidad, un déficit en el circuito de la comunicación, procesos éstos (aprendizaje y comunicación) que se realimentan mutuamente.

Desde este punto de vista entendemos que el sujeto es sano en la medida en que aprehende la realidad en una perspectiva integradora, en sucesivas tentativas de totalización, y tiene capacidad para transformarla modificándose, a su vez, él mismo. El sujeto es sano en la medida en que mantiene un interjuego dialéctico en el medio y no una relación pasiva, rígida y estereotipada. La salud mental consiste, como lo hemos dicho, en un

¹ Compartimos muchos de los conceptos fundamentales sostenidos por esta corriente de pensamiento, particularmente la afirmación de que "todo comportamiento tiene un carácter de estructura significativa" y "que el estudio positivo de todo comportamiento humano reside en el esfuerzo por hacer accesible esa significación". Nos atrae particularmente el enfoque dialéctico de esta perspectiva para la que "las estructuras constitutivas del comportamiento no son datos universales, sino hechos específicos nacidos de una génesis pasada en situación de sufrir transformaciones que perfilan una evolución futura"; (L. Goldmann, *Genèse et Structure*, Mouton, La Haya, 1965.)

aprendizaje de la realidad a través del enfrentamiento, manejo y solución integradora de los conflictos. Podemos decir también que consiste en una relación, o mejor dicho en una aptitud sintetizadora y totalizante, en la resolución de las antinomias que surgen en su relación con la realidad.

Hemos definido la estructura como unidad múltiple, como sistema; esto nos remite a la enunciación de los principios que rigen la configuración de esa estructura, ya sea patológica o normal. Estos principios son:

- 1) *Principio de policausalidad*
- 2) *Principio de pluralidad fenoménica*
- 3) *Principio de continuidad genética y funcional*
- 4) *Principio de movilidad de las estructuras*

Agregamos a esto tres nociones que nos permitirán comprender la configuración de una estructura. Son las de rol, vínculo y portavoz.

1) *Principio de policausalidad*

Ya en el campo específico de la conducta desviada, podemos decir que en la génesis de las neurosis y psicosis nos encontramos con una pluralidad causal, una ecuación etiológica compuesta por varios elementos que se van articulando sucesiva y evolutivamente, a los que Freud llamó series complementarias. En este proceso dinámico y configuracional interviene en primer término el factor constitucional. En este factor, enunciado por Freud, distingo: a) elementos genéticos, hereditarios, lo genotípico, o genético en sentido estricto y b) lo fenotípico, es decir aquellos elementos resultantes del contexto social que se manifiestan en un código biológico. Queremos decir que el feto sufre la influencia del medio social aun en el aparente resguardo de su vida intrauterina, por medio de las modificaciones del medio materno. A través de esas modificaciones impactan el desarrollo del feto las distintas alternativas de la relación de sus padres, la presencia o ausencia del padre, los conflictos del grupo familiar, sus vicisitudes de orden económico, situaciones de peligro individual o social, etcétera. Todo esto causa un monto de an-

siedad en la madre que se traduce en el feto en alteraciones metabólicas, sanguíneas, etcétera. Así, lo fenotípico y lo genotípico se articulan en la vida intrauterina para la estructuración del factor constitucional.

Una vez nacido el niño, el factor constitucional interactúa con el impacto de la presencia del niño en el grupo familiar, las características que con dicha presencia adquiere la constelación familiar, los vínculos positivos o negativos que en esa situación triangular (padre-madre-hijo) se establecen. Estas primeras vivencias y experiencias se articulan con lo constitucional, lo que Freud denominó factor disposicional.

Desde el nacimiento y durante el proceso del desarrollo, el niño padece en su relación con el medio permanentes exigencias de adaptación. Se dan situaciones de conflicto entre sus necesidades y tendencias y las exigencias del medio. Surge así la angustia como señal de alarma ante el peligro que engendra la situación conflictiva. Si esa situación es elaborada, es decir, si el conflicto se resuelve en una solución integradora, el proceso de aprendizaje de la realidad continúa su desarrollo normal. Pero si el sujeto no puede elaborar su angustia ante el conflicto, y la controla y reprime por medio de técnicas defensivas, que por su rigidez tendrán el carácter de mecanismos de defensa estereotipados, el conflicto no se liquida sino que se elude y queda en forma latente como punto disposicional, con un estancamiento de los procesos de aprendizaje y comunicación (lo que Freud denominó de fijación de la libido).

Un factor actual o desencadenante, y con esto aludimos a un determinado monto de privación, una pérdida, una frustración o sufrimiento, determinará una inhibición del aprendizaje y las consecuentes regresión al punto disposicional y recurrencia a las técnicas de control de la angustia (posición patoplástica o instrumental), por medio de las cuales el sujeto intentará desprenderse de la situación de sufrimiento.

Queremos decir que el sujeto, por una pérdida real o fantaseada de un vínculo, por una amenaza de frustración o sufrimiento, se inhibe y detiene parcialmente su proceso de apropiación o aprendizaje de la realidad. Detiene parcialmente su progreso y recurre a mecanismos en ese momento operativos, aun cuando no lo son totalmente, ya que el conflicto no está

resuelto sino eludido. Esto configurará una pauta de reacción que si se estereotipa da lugar a un punto de fijación. El grado de inadecuación del mecanismo arcaico (que en el momento del desarrollo al que se regresa resultó operativo) y la intensidad de la estereotipia de su empleo nos dará un índice del grado de desviación de las normas que padece el sujeto y de las características de su adaptación (activa o pasiva) a la realidad. Por todo esto, podemos decir con Freud: "Cada sujeto hace la neurosis que puede y no la que quiere."

La neurosis o psicosis se desencadena cuando el factor disposicional se conjuga con el conflicto actual. Cuando el monto de lo disposicional es muy elevado, un conflicto actual, por escasa que sea su intensidad, es suficiente para desencadenar la enfermedad. Por eso hablamos de la complementariedad de los factores intervinientes.

Nos interesa señalar que los conceptos de constitución y disposición son de naturaleza psicobiológica. Con eso queremos insistir en que la teoría psicoanalítica de las neurosis y psicosis no postula, como equivocadamente se afirma en cierta literatura psiquiátrica, la psicogénesis de las neurosis y psicosis, ya que esto implicaría una parcialidad de la unidad psicofísica. Estos tres tipos de factores mencionados se intrincan en la configuración de las neurosis y psicosis. La enunciación de esta ecuación etiológica permite superar una concepción mecanicista que establece una estéril antítesis entre lo exógeno y lo endógeno. Freud sostiene que la correlación entre lo endógeno y lo exógeno debe ser comprendida como la complementariedad entre disposición y destino. Por nuestra parte queremos señalar que los psiquiatras llamados "clásicos", al insistir en los factores endógenos de causación, escotomizan entre otras cosas el monto de privación o conflicto actual, que al hacer impacto en un umbral variable en cada sujeto completa el aspecto pluridimensional de las neurosis y psicosis.

2) Principio de pluralidad fenoménica

Este principio se funda en la consideración de tres dimensiones fenoménicas o áreas de expresión de la conducta. Cada área es el ámbito proyectivo en que el sujeto ubica sus vínculos en un interjuego de mundo interno y contexto exterior mediante procesos

de internalización y externalización. En este interjuego el cuerpo resulta un área intermedia e intermediaria. Cada una de estas áreas —mente, cuerpo y mundo externo— tiene un código expresivo que le es propio.

Por ser el hombre una totalidad-totalizante (Sartre), su conducta comprometerá siempre, aunque en grados diferentes, las tres áreas de expresión. Hablamos de grados de compromiso de áreas en el sentido de que la depositación de los objetos con los que el sujeto establece vínculos es situacionalmente más significativa en el área que aparece como predominante. Por la fantasía inconsciente, el *self* (representación del yo) organiza proyecciones de objetos y vínculos en tres áreas a las que llamaremos dimensiones proyectivas. Como consecuencia de esas proyecciones el sujeto expresará fenoménicamente, a través de distintos signos, en la mente, en el cuerpo y en el mundo sus relaciones vinculares. Es decir, que en este sistema de signos que es la conducta, la aparición de signos en un ámbito determinado es un emergente significativo que nos remite a las relaciones vinculares del sujeto, a su manera de percibir la realidad y a la modalidad particular de adaptarse a ella. Es decir, a la modalidad particular de resolver sus conflictos. Estas modalidades configuran lo que llamaremos la estructura de carácter del sujeto. La conducta es significativa, es un sistema de signos en el que se articulan significantes y significados, por lo cual se hace comprensible y modificable terapéuticamente. Los aspectos fenoménicos de la conducta, expresados en distintos ámbitos temporoespaciales, son la resultante de la relación de sujeto, depositante, "lo depositado", con su valencia positiva o negativa, y la ubicación de los vínculos y objetos en un ámbito perceptual simbólico: el área. *El sujeto proyecta vínculos y objetos y actúa lo proyectado*. Por eso, sólo la interacción dialéctica del sujeto con el contexto permitirá una rectificación, una experiencia discriminatoria y por ende correctora de su lectura de la realidad. El diagnóstico de la enfermedad se establece en función del predominio de una de las áreas por una multiplicidad sintomática, aunque el análisis estratigráfico nos muestra en cada situación el compromiso y existencia de las tres áreas.

Queremos señalar sin embargo que la mente opera por el *self* a través de mecanismos de proyección e introyección, como estrategia de esa ubicación, en los distintos ámbitos proyectivos,

de los vínculos buenos o malos en un clima de divalencia y con la finalidad de preservar lo bueno y controlar lo malo. Por esa depositación es que las áreas adquieren para el sujeto una significatividad particular en relación con la valencia positiva o negativa de lo depositado.

En la divalencia, el yo, el objeto y el vínculo —estructura esta última que incluye al yo, al objeto y a la relación dialéctica entre ambos— están escindidos y la tarea defensiva consiste en mantenerlos en esa escisión, ya que si lo bueno y lo malo se reunieran en el mismo objeto, el sujeto caería en una depresión, con su secuela de dolor y culpa, en una situación de ambivalencia. El yo elaborará también una estrategia para reunir los aspectos buenos y malos en un objeto (integración).

Postulamos sobre la base de estos conceptos una nosografía genética, estructural y funcional en términos de localización de los vínculos (bueno y malo) en las tres áreas mente-cuerpo-mundo externo con todas las variables que de esa ecuación puedan surgir.

Ejemplificando, podemos decir que el sujeto fóbico proyectará y actuará el objeto bueno y el objeto malo en el área del mundo exterior. Por esa depositación se comportará evitativamente, es decir, presentará conductas de fuga como frente a un ataque exterior y sentirá, por ejemplo, angustia en los espacios cerrados (claustrofobia) o en los espacios abiertos (agorafobia) en los que se siente a merced del perseguidor.

En la esquizofrenia el objeto perseguidor (vínculo malo) puede estar proyectado en el área tres (mundo externo) y el bueno en el área de la mente, caracterizándose así la esquizofrenia paranoide con una retracción de la realidad exterior y un encierro autístico y narcisista del sujeto. En el alejamiento del mundo externo, para evitar el objeto malo, se refuerza la privación que mencionamos como factor desencadenante.

3) Principio de continuidad genética y funcional

Con este principio postulamos la existencia de un núcleo patogenético central de naturaleza depresiva del que todas las formas clínicas resultarían tentativas de desprendimiento. Estas tentativas se instrumentarían a través de las técnicas defensivas

características de la posición esquizoparanoide descrita por Melanie Klein a la que yo denomino patoplástica o instrumental. Es decir, que podríamos hablar de una *única enfermedad* con un *núcleo patogenético depresivo* y una instrumentación que tiene como mecanismo central la escisión o *splitting* del yo, del objeto y de los vínculos del yo con los objetos. A partir de esa escisión o *splitting* el sujeto recurre a las otras técnicas de la posición esquizoparanoide: la proyección (ubicación fuera del sujeto de los objetos internos), la introyección (pasaje fantaseado al interior del sujeto de los objetos externos y sus cualidades), el control omnipotente de los objetos tanto internos como externos, la idealización, etc. La alternancia e intrincación de la posición depresiva y la esquizoparanoide configuran una continuidad subyacente a los distintos aspectos fenoménicos característicos de los diversos cuadros clínicos.

Consideramos en la enfermedad mental una *génesis* y una *secuencia* vinculada a situaciones depresivas, de pérdida, de privación, de dolor que son vividas como catástrofe interna en un clima de ambivalencia y culpa en el que el sujeto padece por sentir que odia y ama simultáneamente al mismo objeto, a la vez que es también amado y odiado por ese objeto. Es decir, que en la relación con ese objeto pueden existir experiencias gratificantes (vínculo bueno) o frustrantes (vínculo malo).

Estas pautas tienen su antecedente en dos situaciones incluidas en el desarrollo infantil normal. Con el nacimiento el niño sufre la primera pérdida de la relación simbiótica con su madre (pérdida del seno materno) y queda librado a las exigencias del medio externo en un estado de dependencia total. En esta situación, en la que vivirá experiencias gratificantes surgidas de la satisfacción de deseos y necesidades y experiencias frustrantes, estructurará sus vínculos positivos y negativos de acuerdo con la cualidad de la experiencia en cuya configuración intervienen ya fantasías inconscientes.

En ese estadio de su desarrollo que abarca los seis primeros meses de vida, el sujeto recurre por primera vez, y con la finalidad de ordenar su universo para lograr una discriminación de sus emociones y percepciones, al ya mencionado mecanismo de escisión; relacionándose así, a partir del *splitting*, con lo que vivencia como dos objetos, uno totalmente bueno, gratificante, al que ama y por el que es amado, y otro totalmente malo, frustrante, peli-

groso y persecutorio, al que odia y por el que se siente odiado. Esta escisión y relación del yo con dos objetos de valencias opuestas se denomina *divalencia* y es característica de la posición esquizoparanoide.

La ansiedad dominante en esta situación es la ansiedad paranoide o miedo al ataque del perseguidor que es tanto mayor cuanto mayor haya sido el monto de hostilidad de la que el sujeto se ha librado proyectándola en el objeto interno y frustrante.

Con el proceso fisiológico de maduración y el manejo operativo de las ansiedades, el yo del niño logra una mayor integración entrando así en una nueva fase a la que M. Klein denominó posición depresiva del desarrollo (entre los 6 meses y el año de vida). Hay un proceso de cambio con una organización integrativa de las percepciones. El sujeto reconoce el objeto total. No lo escinde, no lo divide, se relaciona con él como totalidad. Esto se da cuando el niño comienza a reconocer a su madre no en forma parcial (pecho, voz, calor, olor) sino como totalidad. Por el desarrollo de la memoria y de la capacidad integrativa establece con el objeto vínculos a 4 vías, es decir, que ama y se siente amado y odia y se siente odiado por el mismo objeto, en el que descubre reunidas posibilidades de gratificación y frustración. De la misma manera reconoce dentro de sí sentimientos de amor y gratitud coexistiendo con hostilidad y agresión. Esto provoca el sentimiento de ambivalencia con el temor a la pérdida del objeto amado y sentimiento de culpa por miedo a que los impulsos hostiles puedan dañar a dicho objeto.

La ambivalencia paraliza al sujeto que tiene en ese momento como único recurso defensivo la inhibición que lo conducirá a la regresión y disociación. Todo esto configurará una pauta estereotipada de reacción que emerge (a la que se regresa) en el proceso del enfermar a partir del conflicto actual o desencadenante.

Así, ante la situación de sufrimiento, característica de la depresión, surge la posibilidad de una nueva regresión a otra posición anterior operativa o instrumental que permite el control de la ansiedad. El sujeto sale de la inhibición y del conflicto de ambivalencia por una nueva disociación y la ansiedad paranoide (miedo al ataque) reemplaza a la culpa (miedo a la pérdida).

Las neurosis son técnicas defensivas contra las ansiedades básicas. Dichas técnicas son las más logradas y cercanas a lo normal y si bien resultan intentos fallidos de adaptación se en-

cuentran más alejadas de la situación depresiva patogenética. Las psicosis son también intentos de manejo de las ansiedades básicas pero menos exitosas que las neurosis, es decir, con un mayor grado de desviación de la norma de salud. Lo mismo sucede en las psicopatías cuyo mecanismo prevalente es el de la delegación. Dentro de las psicopatías, las perversiones se manifiestan como formas complejas de elaboración de las ansiedades básicas y su mecanismo general se centra alrededor del apaciguamiento del perseguidor (objeto malo). El crimen (también incluido en este cuadro) constituye la tentativa de aniquilar la fuente de ansiedad proyectada en el mundo externo. Cuando esta fuente es ubicada en el propio sujeto se configura la conducta suicida.

El fracaso de la elaboración del sufrimiento de la posición depresiva acarrea en forma inevitable el predominio de defensas que implican el bloqueo de las emociones y de la actividad de la fantasía. Estas defensas estereotipadas impiden sobre todo cierto grado de autoconocimiento o *insight* necesario para una adaptación positiva a la realidad. Es decir, que el bloqueo del afecto, de la fantasía y del pensamiento que se observa en los distintos cuadros clínicos determina una conexión empobrecida con la realidad y una dificultad real de modificarla y de modificarse a sí mismo en ese interjuego dialéctico que es para nosotros un criterio de salud.

En cuanto a la situación depresiva, tomada como hilo conductor a través del proceso del enfermar y del proceso terapéutico, consideramos la existencia de cinco formas características a las que denominamos: a) protodepresión, surgida de la pérdida que el niño vivencia al abandonar el claustro materno; b) posición depresiva del desarrollo, señalada por la situación de duelo o pérdida (destete), conflicto de ambivalencia por una integración del yo y del objeto, culpa y tentativas de elaboración; c) depresión de comienzo o desencadenante. Es el período prodrómico de toda enfermedad mental y emerge ante una situación de frustración o pérdida; d) depresión regresional, la que implica la regresión a los puntos disposicionales anteriores, característicos de la posición depresiva infantil y su elaboración fallida; e) depresión iatrógena. Denominamos así a la que se produce cuando en el proceso corrector se intenta la integración de las partes del yo del paciente, es decir, cuando la tarea consiste en el pasaje de la

estereotipia de los mecanismos de la posición esquizoparanoide a un momento depresivo en el que el sujeto puede lograr una integración tanto del yo como del objeto y de la estructura vincular que los incluye. Adquiere así lo que llamamos *insight* o capacidad de autognosis, lo que le permite elaborar un proyecto con la inclusión de la muerte como situación propia y concreta. Esto significa enfrentar los problemas existenciales y el logro de una adaptación activa a la realidad con un estilo propio y una propia ideología de vida. Pero el momento depresivo de integración y la autognosis implica sufrimiento; por eso dice Rickman que "no hay curación sin lágrimas", pero agregamos que este sufrimiento es operativo.

La operación psicoterapéutica o proceso corrector consiste en última instancia en un proceso de aprendizaje de la realidad y de reparación de la red de comunicación disponible para el sujeto. Es la confrontación que implica la experiencia correctora cuando el sujeto puede integrarse, en una situación de sufrimiento tolerable por la discriminación de los miedos básicos, lo que determina un manejo más adecuado de las técnicas del yo en la tarea de preservación de lo bueno y control de lo malo. ¿En qué consiste esa confrontación? En un proceso en el que el sujeto adjudicará al terapeuta distintos roles según sus modelos internos (transferencia). En este proceso de adjudicación se hará manifiesta su distorsión en la lectura de la realidad. Estos roles no serán actuados, sino retraducidos (interpretados) en una conceptualización o hipótesis acerca del acontecer inconsciente de su paciente. La respuesta del sujeto será retomada en ese diálogo como emergente, como signo que nos remite nuevamente a ese acontecer, que es el hilo que nos permite comprender y cooperar con él en la modificación de su percepción del mundo y las formas de su adaptación a la realidad.

Hemos enunciado cuatro principios que rigen, a nuestro juicio, la configuración de toda estructura patológica o normal. Me referiré ahora al mencionado en último término.

4) Principio de movilidad de las estructuras

Manejar este concepto implica situarse ante el paciente con un esquema referencial plástico, que permita comprender que las estructuras son instrumentales y situacionales en cada aquí y aho-

ra del proceso de interacción; que las modalidades o técnicas del manejo de las ansiedades básicas, con su localización de objetos y vínculos en las distintas áreas, son modificables según los procesos de interacción en los cuales se compromete el sujeto. Esta afirmación tiene importantes implicaciones en lo que se refiere a la labor diagnóstica.

Retomando lo enunciado al referirnos al principio de pluralidad fenoménica, podemos afirmar que un análisis secuencial de la sintomatología de un paciente nos muestra que el sujeto, en diversas situaciones, presenta distintas defensas, distintas técnicas de manejo de sus ansiedades, con una variable ubicación de sus vínculos en las distintas áreas, en la permanente tarea de preservar lo bueno y controlar lo malo. Como ya lo hemos dicho, existiría un único núcleo patogenético, de naturaleza depresiva, y una instrumentación que tiene como mecanismo central la escisión del yo, de los objetos y de los vínculos, y que se complementa con el repertorio de técnicas defensivas de la posición esquizoparanoide. El hecho de que todos los cuadros clínicos aparezcan desde esta perspectiva como tentativas de desprendimiento de ese núcleo patogenético nos permite postular, teóricamente, lo que resulta un dato de observación clínica: la movilidad de las estructuras y su naturaleza situacional. Así como por el análisis secuencial podemos advertir dicha movilidad, el análisis estratigráfico nos revela el grado de compromiso de las áreas, o sea el monto y calidad de la disposición que hace el sujeto en cada área. Tenemos así un área involucrada en primer término por la multiplicidad sintomática, lo que orienta el diagnóstico situacional y estructural, a la vez que podemos observar el grado de compromiso (siempre en términos de depositación) de las otras dos áreas, lo que nos permitirá establecer el pronóstico.

UNA TEORÍA DEL ABORDAJE DE LA PREVENCIÓN EN EL ÁMBITO DEL GRUPO FAMILIAR *

A partir de una visión integradora del "hombre en situación", y desde un enfoque interdisciplinario, no podemos referirnos al problema de la prevención sin tratar de ubicarlo en su contexto apropiado. La salud mental, cuya definición es previa y se halla implícita en este tipo de planteo, no es para nosotros un valor absoluto y resulta evaluable en términos de calidad de comportamiento social. Este comportamiento, su operatividad o su deterioro, está íntimamente ligado a factores de orden socioeconómico y familiar, que intervienen o determinan, en forma positiva o negativa, una adaptación activa a la realidad, en la que el sujeto se compromete con el medio en una relación creativa y modificadora.

El problema central, desde esta vertiente, no es el de una metodología de la prevención, sino el de las estrategias de cambio de la estructura socioeconómica, de la cual el enfermo mental es emergente. El enfermo es portavoz de los conflictos y tensiones de su grupo inmediato, la familia. Pero es también por ello el símbolo y el depositario de los aspectos alienados de su estructura social, portavoz de su inseguridad y su clima de incertidumbre. Curarlo es adjudicarle un rol nuevo, el de agente de cambio, y transformarnos nosotros también en elementos del cambio.

Resulta importante señalar ya, desde un enfoque centrado en las técnicas de *prevención*, la naturaleza *instrumental* y *operativa*

* Este trabajo abre un panel sobre prevención en el grupo familiar en el que intervienen los Dres. E. Pichon-Rivière, J. Bleger, A. Bauleo y M. Matrajt. (Julio de 1970.)